

JAVIER APARICIO MOLINÉ

---

El infierno de Dante



éride ediciones

La suave brisa del atardecer apareció sutilmente sobre el cuidado jardín de aquella lujosa villa, que parecía levitar sobre el mar infinito, gracias a unos hilos invisibles que sujetara desde el cielo, las veinticuatro horas del día, el mejor arquitecto de Dios. Y al compás de los delicados soplos de otros dioses, en este caso, Céforo, las dos acogedoras hamacas empezaron a mecerse con suavidad.

Allí me encontraba yo, generosamente recompensado tras haber intervenido en el largo y conflictivo pleito de divorcio de Anne Linker con un tipo húngaro, de nombre fácil de olvidar y apellido casi imposible de recordar, proclive a la infidelidad, a las timbas de póker sin límite, al inmoderado consumo de alcohol, al trasiego desmedido de polvo blanco por sus fosas nasales y al reiterado maltrato conyugal; ocupaciones, todas ellas, hábilmente compaginadas con un más que próspero negocio de importación de suntuosos automóviles, solo al alcance de las billeteras más abultadas.

Pero sería injusto no incluir en los agradecimientos a los atentos tribunales que habían tenido el detalle de adjudicar finalmente a tan simpática señora el uso y disfrute de aquella casita para el resto de su vida, y que, amablemente, me la había cedido en precario durante al menos los seis meses que me había propuesto no hacer nada, salvo descansar y tratar de

olvidar, lo cual suponía la mayor odisea de mi vida, dada mi inexperiencia en tales asuntos, pues, siendo abogado como era, ni siquiera los días festivos dejaba de trabajar o de recordar.

Cuando Anne Linker, nacida en Holanda hacía cuarenta y tres años, muy bien llevados, por cierto, residente en España desde hacía cuarenta y que, además de cliente, llegó a ser ocasional amante mía, en concreto desde la firmeza de la sentencia de su divorcio, se enteró de la grata noticia de que la modesta vivienda familiar le había sido adjudicada de forma vitalicia, apareció una tarde por mi despacho con la brillante idea de raptarme para ir a celebrarlo, pero se llevó un chasco inesperado. Aunque yo no estaba presente, sí lo estaba mi secretaria Lola Santán, la cual me refirió el episodio con memoria de fedatario público cuando regresé de la selva amazónica en la que había escondido durante medio año mi alma culpable, tras constatar que había perdido para siempre a Mireya, la única mujer a la que había amado después de divorciarme.

—Lo siento, señora, pero el abogado Oliver ha decidido retirarse temporalmente de la profesión y desconozco la fecha de su retorno —expuso Lola sin muchos miramientos, pues tenía órdenes estrictas mías de declarar sin adornos mi desaparición profesional, a excepción de determinadas personas que preguntaran por mí y que aparecían reseñadas en una pequeña lista escrita de mi puño y letra, que había dejado en poder de mi fiel secretaria antes de desaparecer.

—¿Y para cuando se espera su regreso?

—No volverá de ninguna manera antes de tres meses.

—Vaya contrariedad, señorita...

La señora Linker se mordió el labio ante la inesperada situación y agitó su larga melena rubia.

—Lola. Lola Santán, para servirle —se presentó mi secretaria.

—Pues vaya contrariedad, señorita Santán —reiteró sin ocultar su decepción la visitante—. Yo que venía a invitar a comer a Dante y a hacerle un regalo por su dedicación a mi caso...

—Dedicación, claro, ya veo, ya —respondió con sorna mi secretaria—. Pero me temo que la cita es imposible. Los problemas de salud del abogado Oliver le mantienen alejado del despacho. En cualquier caso, si tiene la bondad de darme su nombre y su número de teléfono, dejaré anotado que usted vino a verle y él se pondrá en contacto con usted en cuanto se restablezca.

—Anne Linker. Y éste es mi número de teléfono —respondió la visitante depositando con delicadeza una tarjeta sobre la mesa—. Ya veo que usted es nueva en el cargo, y por eso no me reconoce. Cuando mi asunto comenzó, ahí sentada estaba otra muchacha.

La fortaleza de Lola Santán, semejante a la de un furgón blindado, se derritió como la cera de las velas cuando, según me narró a posteriori, verificó con el rabillo de un ojo, el izquierdo, para ser exactos, que la señora Linker se encontraba en la lista de personas que merecían ser escuchadas, dijeran lo que dijeran e hicieran lo que hicieran.

—¿Anne Linker ha dicho? Bueno, bueno, eso cambia las cosas. Las cambia mucho, ya lo creo. Siendo usted quien es, puedo ser un poco más explícita, no cabe duda.

—Entonces, sea usted más explícita, por favor. Dante, ¿se encuentra bien de salud o no? Responda, señorita, no se calle ni se ande con medias tintas. Él no ha sido solo mi abogado, ha sido mi único amigo durante todo el tiempo que duró mi divorcio. Incluso antes, cuando a mi marido se le ocurría festejar el final de alguna de sus habituales borracheras usando mi cuerpo como un saco de boxeo. Pero gracias al apoyo y determinación de Dante, conseguí alejarle por fin de mi vida.

—Valiente hijo de perra, su marido, quiero decir —aseveró mi secretaria haciendo crujir los nudillos de sus fuertes manos.

—No lo dude, señorita. Afortunadamente, ese mal sueño terminó. Hace un mes que mi ex marido se fue del país, y desde entonces he podido empezar a vivir de nuevo. Pero no quiero aburrirla con mis penas, señorita Santán. La vida es demasiado hermosa como para permitir que nadie pretenda amargárnosla.

—Así se habla, señora mía —proclamó solidaria mi secretaria—. Porque, realmente, ¿quién necesita a los hombres más de diez minutos al día?

Anne Linker no pudo evitar una sonrisa ante las ocurrencias de mi dicharachera secretaria.

—En fin, señorita Santán —dijo Anne tras consultar su reloj de pulsera—, como le decía, aprovechando que pasaba por la ciudad, decidí visitar a Dante y darle una vez más las gracias por su ayuda—. Pero, ¿no se encuentra bien, dice usted?

—Me gustaría decirle que sí, que se encuentra en plena forma, pero mentiría si le dijera eso. La verdad es que no está bien nada bien. Sufre del corazón.

Anne Linker se santiguó tres veces.

—No me mienta, señorita. ¿Es grave? —preguntó en un susurro.

—No tema, señora Linker. En unos meses estará recuperado. Créame, sólo necesita reposo. Y algún que otro mimo, claro.

—¡Alabado sea Dios! Pues en ese caso, tenga, señorita, haga el favor de dárselas a Dante —ofreció al fin Anne Linker, tras rebuscar durante medio minuto en el interior de su costoso y espacioso bolso de cuero gris—. Son las llaves de la casa del acantilado. Él ya sabe —apostilló, sin poder evitar que se le encendiera su pálida tez.

—Sí, claro, él ya sabe —respondió socarrona Lola Santán.

—Cuando Dante regrese, dígame, por favor, que está invitado todo el tiempo que quiera. Así se lo prometí cuando todo terminara. Yo no pienso aparecer por allí en una buena temporada. Demasiados recuerdos, y casi ninguno feliz, por cierto. Y puesto que Dante, según me dice, está un poco aliado, reitero con más convicción aún mi invitación.

—Es usted muy considerada —alegó mi secretaria, agarrando las llaves con la delicadeza de un quebrantahuesos.

La señora Linker se quitó importancia con varios movimientos de su esbelto cuello, abrió de nuevo su bolso de firma bien famosa, extrajo un pintalabios de color rojo, también de reconocido prestigio, se retocó los labios durante treinta eternos segundos, se miró en un pequeño espejo, también de los que cuestan más de lo que valen, que había extraído del lujoso bolso, y, cuando consideró que todo estaba en orden, respondió:

—Es lo menos que podría hacer por él. Teniendo en cuenta la pensión compensatoria que de por vida Dante le sacó al agarrado de mi marido, las llaves de la casa de esa casa no dejan de ser un obligado complemento a sus bien ganados honorarios.

—Estoy segura de ello —consideró mi secretaria con una sonrisa más falsa que los colmillos de elefante que lucen algunos supuestos ricos en los salones de sus mansiones embargadas, mientras acompañaba a la señora Linker hasta la puerta.

Tras despedirse de la visitante, Lola Santán, que era tan fiel secretaria, como irrespetuosa mujer, soltó con su acostumbrada contundencia, a juego con su enorme silueta, una de sus habituales encíclicas, en este caso dedicada al desconocido marido de la visitante, toda ella repleta de improprios, que quedó grabada para la posteridad en el aparato de video y de audio que había hecho instalar en todas las estancias de la oficina antes de marcharme sin fecha de retorno. Cuando la colección de insultos proferidos hacia el ex marido de Anne Linker llegó a su fin, mi secretaria aprovechó para arrearme también a mí, aunque fuera con cariño, como pude constatar meses más tarde al ver la grabación:

—El jefe no perdona una. Menudo cabrón está hecho. Seguro que preparaba sus juicios en la cama de esa orquídea holandesa, porque, aunque la tipa vaya de monja trinitaria, a mí no me engaña. Se ve a legua que es de la que se desbocan con facilidad, sobre todo con el abogado que le cayó en suerte. Y yo, en cambio, no me como un rosco desde hace meses, salvo aquel enano tuerto, amigo del jefe, que no me llegaba

al ombligo ni con zancos. En fin —resopló Lola Santán, acoplando sus enormes posaderas en su majestuosa silla, hecha a medida con cargo al despacho—, por lo menos el patrón es un buen tío. No se merecía que esa Mireya le dejara tirado por un mexicano ricachón, con todo lo que hizo por ella. Pobre Dante.